

toda inteligencia, cuando se afana por la simplificación y la unidad; así lo estima el sentido común, que considera tanto más alto y noble el pensamiento, cuanto es más vasto y más uno (IV).

CAPÍTULO V.

NO EXISTE LA CIENCIA TRASCENDENTAL EN EL ÓRDEN
INTELLECTUAL HUMANO.

NO PUEDE DIMANAR DE LOS SENTIDOS.

53. En el orden intelectual humano, mientras vivimos sobre la tierra, no hay una verdad de la cual dimanen todas: en vano la han buscado los filósofos: no la han encontrado porque no era posible encontrarla. Y en efecto, ¿dónde se hallaría la deseada verdad?

54. ¿Dimanará de los sentidos?

Las sensaciones son tan variadas como los objetos que las producen. Por ellas adquirimos noticia de cosas individuales y materiales: y en ninguna de estas ni en las sensaciones que de ellas dimanar, puede hallarse la verdad, fuente de todas las demás.

55. Observando las impresiones que por los sentidos recibimos, podemos notar que con respecto á producir certeza, todas son iguales entre sí. Tan ciertos estamos de la sensación que nos causa un ruido cualquiera como de la producida por la presencia de un objeto á nuestros ojos, de un cuerpo oloroso cercano al olfato, de uno sabroso aplicado al paladar, ó de otro que afecte vivamente el tacto. En la certeza producida por aquellas sensaciones no hay

graduación, todas son iguales: porque si hablamos de la sensación misma, esta la experimentamos de una manera que no nos consiente incertidumbre; y si se trata de la relación de la sensación con la existencia del objeto externo que la causa, tan ciertos estamos de que á la sensación que se llama *vision*, corresponde un objeto externo *visto*, como que á lo que se apellida *tacto* corresponde un objeto externo *tocado*.

Se infiere de lo dicho, que no hay una sensación origen de la certeza de las demás: en este punto todas son iguales: y para el común de los hombres no hay más razón que los asegure de la certeza, sino que lo experimentan así. No ignoro que lo sucedido con los individuos á quienes se ha hecho la operación de las cataratas, indica que para apreciar debidamente el objeto *sentido* no es suficiente la simple sensación, y que unos sentidos auxilian á los otros; pero esto no prueba la preferencia de ninguno de ellos; pues así como el ciego á quien se dió repentinamente la vista, no formaba por la simple *vision* juicio exacto sobre el tamaño y distancia de los objetos vistos, sino que necesitaba el auxilio del *tacto*; así es muy probable que si suponemos á una persona con *vista*, privada de *tacto* desde su nacimiento, y se lo damos después repentinamente, tampoco formará juicio exacto de los objetos tocados, hasta que con el auxilio de la *vista* se haya ido acostumbrando á combinar el nuevo orden de sensaciones con el antiguo, aprendiendo con el ejercicio á fijar las relaciones de la sensación con el objeto ó á conocer por medio de aquella las propiedades de este.

56. El mismo hecho del ciego á quien se quitaron las cataratas, está contrariado por otros que conducen á un resultado directamente opuesto. La jóven á quien hizo la misma operación el oculista Juan Janin, y unos ciegos de nacimiento á quienes el profesor

Luis de Gregori restituyó en parte la vista, no creyeron como el ciego de Cheselden, que los objetos estuviesen pegados á sus ojos, sino que luego los vieron como cosas realmente externas y separadas. Así lo refiere Rosmini (Ensayo sobre el origen de las ideas, parte 5, cap. 4, tom. 2, p. 286, citando el opúsculo « de las cataratas de los ciegos de nacimiento, observaciones teórico-químicas, del profesor de química y oftalmia Luis de Gregori, Romano. » Roma 1826); bien que dando la preferencia al de Cheselden que dice fué renovado en Italia por el profesor Jacobo de Pavia, con toda diligencia y con el mismo resultado en todas sus partes.

57. El modo con que esta combinacion de unas sensaciones con otras nos enseña á juzgar bien de los objetos externos es difícil saberlo: porque cabalmente el desarrollo de nuestras facultades sensitivas é intelectuales se verifica antes que podamos reflexionar sobre él; y así nos encontramos ya ciertos de la existencia y propiedades de las cosas, sin que hayamos pensado en la certeza ni mucho menos en los medios de adquirirla.

58. Pero aun suponiendo que despues nos ocupemos de las sensaciones mismas, y de sus relaciones con los objetos, prescindiendo de la certeza que ya tenemos y haciendo como que la buscamos, es imposible hallar una sensacion que pueda servir de punto de apoyo á la certeza de los demás. Las dificultades que estas nos ofrecieran las encontraríamos en aquella.

59. Una de las principales dificultades que en este punto se ofrecen es el fijar las relaciones del sentido de la vista con el del tacto, y el determinar hasta qué punto dependen uno de otro; estas cuestiones pienso examinarlas mas abajo con alguna extension, y por lo mismo me abstendré de entrar en ellas por

ahora, ya porque no son tales que puedan ventilarse por incidencia, ya tambien porque su resolucion, sea en el sentido que fuere, en nada se opone á lo que me propongo establecer aqui.

60. ¿Qué adelantariamos con saber que la certeza de todas las sensaciones está, filosóficamente hablando, vinculada en una? Nada. Toda sensacion es un hecho individual contingente; ¿cómo podemos sacar de él la luz para guiarnos á las verdades necesarias? Considérese bajo el aspecto que se quiera la sensacion, no es mas que la impresion que recibimos por conducto de los órganos. De la impresion estamos seguros, porque está intimamente presente á nuestra alma; de sus relaciones con el objeto que la produce, nos cercioramos por la repeticion de ella, con el auxilio de otras sensaciones, ya del mismo sentido, ya de otros; pero todo instintivamente, con poca ó ninguna reflexion, y siempre condenados, por mas que reflexionemos, á llegar á un punto del cual no podemos pasar, porque allí nos detiene la naturaleza.

61. Lejos pues de encontrar en ninguna sensacion un hecho fundamental en que podamos apoyarnos para establecer una certeza filosófica, vemos un conjunto de hechos particulares, muy distintos entre si, pero que se parecen en cuanto á producir en nosotros esa seguridad que se llama certeza. En vano es que se descomponga al hombre, que se le reduzca primero á una máquina inanimada, que luego se le otorgue un sentido haciéndole percibir diferentes sensaciones, que despues se le conceda otro, haciéndole combinar las nuevas con las antiguas, y así se proceda sintéticamente hasta llegar á la posesion y ejercicio de todos: estas cosas son buenas para entretener la curiosidad, alimentar pretensiones filosóficas, y dar un viso de probabilidad á

sistemas imaginarios; pero en la realidad se adelanta poco ó nada: las evoluciones que finge el observador, no se parecen á las de la naturaleza; y el verdadero filósofo debe examinar, no lo que en su concepto pudiera haber, sino lo que hay.

Condillac animando progresivamente su estatua y haciendo dimanar de una sensacion todo el caudal de los conocimientos humanos, se parece á aquellos sacerdotes que se metian dentro de la estatua del idolo y desde allí emitian sus oráculos. No es la estatua que se va animando lo que piensa y habla, es Condillac que está dentro. Concedámosle al filósofo sensualista todo lo que quiera; dejémosle que arregle á su modo la dependencia respectiva de las sensaciones; todo se le desconcierta desde el momento que le exijis que no discurra sino con sensaciones puras, por mas que las suponga transformadas. Pero reservemos estas cuestiones para el lugar en que examinaremos la naturaleza y el origen de las ideas.

62. ¿Por qué estoy seguro de que la grata sensacion que experimento en el sentido del olfato procede de un objeto que se llama *rosa*? Porque así me lo atestigua el recuerdo de mil otras ocasiones en que he experimentado la misma impresion, porque con el testimonio del olfato están de acuerdo el tacto y la vista. Pero ¿cómo puedo saber que estas sensaciones son algo mas que impresiones que recibe mi alma? ¿por qué no he de creer que viene de una causa cualquiera, sin relacion á objetos externos? ¿Será porque dicen lo contrario los demás hombres? ¿Me consta que existan? ¿Y cómo saben ellos lo que me dicen? ¿cómo sé que los oigo bien? La misma dificultad que se ofrece con respecto á los otros sentidos existe en cuanto al oido; si dudo del testimonio de tres, ¿por qué no dudo del de cuatro? No adelanto pues nada con el racionio; este me conduciría á

cavilaciones tales, que me exigirian una duda imposible, que me arrancarian una seguridad de que no puedo desprenderme por mas esfuerzos que haga.

Además, si para apoyar la verdad de la sensacion apelo á los principios del racionio, ya salgo del terreno de las sensaciones, ya no pongo en estas la verdad primitiva origen de las otras, no cumplo lo que habia ofrecido.

63. De lo dicho resulta: 1.º que no se encuentra una sensacion origen de la certeza de las otras, lo que me he contentado con indicarlo aquí, reservándome demostrarlo al tratar de las sensaciones; 2.º que aun cuando existiese esta sensacion, no bastaria á fundar nada en el orden intelectual, pues con las solas sensaciones no es posible ni aun pensar; 3.º que las sensaciones lejos de poder ser la basa de la ciencia trascendental, no sirven por si solas para establecer ninguna ciencia; pues de ellas como hechos contingentes no pueden dimanar las verdades necesarias (V).

CAPÍTULO VI.

CONTINÚA LA DISCUSION SOBRE LA CIENCIA
TRASCENDENTAL.
INSUFICIENCIA DE LAS VERDADES REALES.

64. Ha sido conveniente rebatir de paso el sistema de Condillac, no por su importancia intrínseca, ni porque no esté ya bastante desacreditado, sino para dejar el campo libre á investigaciones mas elevadas, mas propiamente filosóficas. Es preciso no perder ocasion de indemnizar á la filosofia de los perjuicios que le irrogara un sistema tan vanidoso como estéril.